

LA CONSTRUCCIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA GRANADA DE MOGUER
(1776-1783). UN ACERCAMIENTO A TRAVÉS DE SU LIBRO DE CUENTAS

ALONSO MANUEL MACÍAS DOMÍNGUEZ

PROFESOR GEOGRAFÍA E HISTORIA, IES JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (MOGUER, HUELVA)

alonsomanuelmd@gmail.com

Fecha de recepción: 24/08/2022

Fecha de aceptación: 10/10/2022

RESUMEN

Estudio del proceso de construcción de la iglesia parroquial de Moguer (1776-1783), gracias al descubrimiento del libro de cuentas original, recientemente localizado. Se describen los plazos de construcción, los materiales empleados o el número de trabajadores, entre otros asuntos. También, se saca a la luz el nombre de diversos artífices locales, desconocidos hasta la fecha. El resultado es una aportación relevante para el estudio del arte barroco y neoclásico en la provincia de Huelva, especialmente afectada por el terremoto de Lisboa de 1755, que obligó a la renovación estética de gran parte de su patrimonio artístico-monumental.

PALABRAS CLAVE

Moguer; siglo XVIII; iglesia Nuestra Señora de la Granada; arquitectura; técnicas de construcción.

ABSTRACT

Study of the construction process of the parish church of Moguer (1776-1783), thanks to the discovery of the original account book, recently located. The construction deadlines, the materials used or the number of workers, among other matters, are described. Also, the name of various local artificers, unknown to date, is brought to light. The result is a relevant contribution to the study of baroque and neo-classical art in the province of Huelva, which was particularly affected by the Lisbon earthquake of 1755, which forced the aesthetic renovation of a large part of its artistic-monumental heritage.

KEY WORDS

Moguer; Century XVIII; Church of Our Lady of Granada; architecture; construction techniques.

1. INTRODUCCIÓN

En 1755, el desastre natural del terremoto de Lisboa forzó el desarrollo de una amplia política de reparaciones, reformas y reconstrucciones que modificarían el patrimonio edilicio de gran parte de la Andalucía occidental. Una de las zonas más afectadas, por proximidad geográfica con el epicentro del temblor, fue la Tierra Llana de Huelva, en la que subsistieron muy escasos ejemplos de edificios intactos. Con todo, pudo derivarse una consecuencia positiva de semejante panorama, al menos desde el punto de vista estético: la coincidencia con un contexto comarcal de crecimiento material y humano hizo que algunos de los edificios levantados o remozados superasen en entidad y belleza a los precedentes, como atestiguan las numerosas intervenciones en el Condado y la costa onubenses.

En Moguer, que terminaría el siglo XVIII con 8.000 habitantes tras haberlo comenzado con unas cifras sensiblemente menores¹, el proyecto más destacado sería la elevación de un nuevo templo parroquial, el actual, entre 1776 y 1783. El seísmo dañó sensiblemente la fábrica medieval que servía como sede parroquial desde los siglos XIII o XIV, y que ya había sido objeto de profundas transformaciones para adecuarla a las crecientes necesidades del vecindario. Tras la conmoción vivida en 1755, las primeras decisiones solo previeron el refuerzo de lo dañado y, de forma tangencial, el acrecentamiento de algunos de sus espacios, como la nueva sacristía de Pedro de San Martín. En esos años también se sometería a trabajos de mejora y remozamiento la torre parroquial, sobre la que acababan de concluirse unos trabajos previos de reedificación². No obstante, en 1775, las autoridades de la ciudad insistían en lo insuficiente de lo realizado, no por riesgo de derrumbe, sino por escasez de espacio para acoger a toda su feligresía³. Finalmente, sería José Álvarez, maestro mayor del arzobispado, quien diseñaría la construcción de un nuevo edificio, completamente nuevo, de proporciones catedralicias, con cinco naves y cúpula de media naranja sobre el crucero⁴. El estilo neoclásico, presente ya por entonces en el arte sacro andaluz, impera también en el edificio moguerense, que mantiene sin embargo la riqueza decorativa barroca en las tres portadas de acceso. La torre existente, también ricamente decorada e inspirada en la Giralda sevillana, se mantuvo en pie, en atención a su robustez y buena hechura.

Con este artículo damos a conocer gran parte de los pormenores constructivos del templo moguerense, centrándonos en el ritmo de edificación, los materiales empleados y las técnicas utilizadas. Todo ello, gracias al estudio del libro de contabilidad de las obras, recientemente descubierto en el Archivo General del Arzobispado de Sevilla, que se consideraba perdido desde el incendio del archivo parroquial en 1936.

Los datos recopilados han posibilitado, de igual modo, la identificación de varios artistas (doradores, tallistas) y artesanos locales (carpinteros, esparteros, herreros), poco conocidos hasta el momento, que amplían así el catálogo de artífices identificados en la Andalucía del siglo XVIII. Asimismo, el conocimiento del edificio se enriquece con la catalogación cronológica y la autoría de ciertos elementos conservados en él, como las rejerías o parte de las vidrieras.

1 Núñez Roldán, F.: *En los confines del reino. Huelva y su tierra en el siglo XVIII*, Sevilla, 1987. En 1713 habitaban la ciudad 468 vecinos, quizás unos 1.800 o 1.900 habitantes, una de las cifras de población más bajas de toda la edad Moderna. En 1744 ya se contaron 731 vecinos y, en 1752, más de mil. El crecimiento se mantendría en la segunda mitad de la centuria.

2 Cruz Isidoro, F.: "Sobre la torre seiscentista de la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Granada de Moguer: una obra de los arquitectos Juan Domínguez y José Tirado", *Archivo Hispalense* 250 (1999), pp. 221-239.

3 Archivo Histórico Municipal de Moguer, Actas capitulares, leg. 15.

4 González Gómez, J. M.: "La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Granada de Moguer, en el bicentenario de su construcción", *Montemayor* (1983), pp. 12-14.

2. LAS CUENTAS DE LA OBRA DE LA NUEVA PARROQUIA DE MOGUER (1776-1783)

2.1. LAS FUENTES DE INGRESOS

Un proyecto tan magno como la reconstrucción del templo parroquial precisó de una generosa inversión monetaria. Hubo que proyectar y levantar un nuevo edificio, desde los cimientos hasta la cubierta, y el gasto fue, consecuentemente, elevado. Ello, pese a la utilización de los materiales tradicionales en las construcciones barrocas andaluzas, generalmente de menor precio –ladrillo, cal, arena–, y a la reutilización de cuanto pudo rescatarse de la anterior parroquia. El costo total de la obra, incluyendo elementos como las puertas o la rejería, superó el millón de reales de vellón (concretamente, 1.009.572 reales y 2 maravedís), o, lo que es lo mismo, 34.325.450 maravedís⁵. Una cifra elevadísima, pero acorde a la suntuosidad de la gran sede parroquial con la que se dotaba a la ciudad.

El costo fue atendido en su mayor parte por la propia parroquia, realizando un esfuerzo financiero muy señalado: una comparativa con las cuentas del año 1715, por ejemplo, evidencian que habrían sido necesarios los ingresos parroquiales íntegros de más de 114 años para pagarlo de una vez⁶; y los de 1737 habrían debido multiplicarse por 63 para alcanzar semejante cifra⁷. Pese a la lógica mejoría de las cuentas en las últimas décadas del siglo, impulsadas por la recuperación demográfica y económica del municipio, los apuros seguirían siendo incontestables. Por ello, la fábrica parroquial optó por endeudarse, confiando en unas expectativas positivas de futuro que, en efecto, parecieron cumplirse. Se adquirieron censos por valor de más de 420.000 reales (422.500), que habrían de redimirse progresivamente en el futuro. Otros 360.545 reales, la segunda fuente de ingresos en importancia, se obtuvieron “de la administración de las cuartas partes”, es decir, de los tributos diezmales generados por la actividad económica de la feligresía. En este ámbito, por lo tanto, se contó con el auxilio financiero de la archidiócesis. Una tercera fuente de ingresos sería la constituida por la venta de los “efectos sobrantes” –materiales y herramientas reutilizables, adquiridos por terceros– puestos a la venta tras la finalización de los trabajos, que colaborarían con 13.431 reales. Así pues, cuando se redactan las cuentas definitivas para el arzobispado, el 30 de agosto de 1783, ya se habían repartido 796.476 reales, restando aún por conseguir otros 213.096 reales y 2 maravedís para igualar la suma global de la obra. No se detalla en las cuentas cómo se hizo frente a esta diferencia cuantitativa.

⁵ Los datos que conforman este artículo proceden del *Libro de la obra nueva de la iglesia de la ciudad de Moguer (1777-1783)*, redactado por el entonces vicario de Moguer, don Antonio Prieto Tenorio. Archivo General del Arzobispado de Sevilla (AGAS), sig. L-05-185. Evitando reiteraciones innecesarias, no incluimos más referencias que las precisas para el rastreo de otras fuentes.

⁶ AGAS, leg. 05.177: Visita pastoral de 1715, fols. 87r y ss. Ese año, los ingresos totales de la fábrica parroquial fueron de 300.823 maravedís.

⁷ *Ibidem*, leg. 05.208: Visita pastoral de 1737, fols. 411r y ss. Los ingresos ascendieron, en 1737, hasta los 544.591 maravedís.

2.2. LAS PARTIDAS DE GASTO

2.2.1. MAMPOSTERÍA: LOS SALARIOS DE LOS TRABAJADORES

En lo tocante a los gastos, las partidas resultan muy dispares entre sí. La principal sería, a una cierta distancia sobre el resto, la denominada en la documentación como “mampostería”, prácticamente en su totalidad referida al pago de salarios a los constructores. Tan solo se les suman aquí ciertas cantidades menores, como el gasto en agua, que también corrió a cargo de la parroquia. Serán más de 450.000 reales de vellón los destinados a jornales (exactamente, 456.494 reales y 3 maravedís), unos cuantiosos 15 millones y medio largos de maravedís: todo un reflejo del empuje económico que, para el vecindario en su conjunto, traería consigo el proyecto.

Aunque el número de constructores, en sus diversas categorías, se modificó con el tiempo -según las necesidades y el ritmo de la construcción-, puede afirmarse que siempre fue, en general, elevado. El 7 de marzo de 1777, primer día de trabajo, se contó con la dirección del maestro Joaquín Gutiérrez y la participación de siete oficiales, pero el número real de trabajadores fue superior, contando a peones y mozos. El martes 1 de abril, por ejemplo, asistieron, junto a los anteriores, cuarenta y dos peones y treinta “muchachos”, esto es, hasta ochenta personas trabajando al mismo tiempo, y así se continuaría en las futuras semanas. Unos años más tarde, el lunes 3 de enero de 1780, se contabilizaron, además del maestro, cuatro oficiales, cinco cortadores, dos andamieros, veinte peones y diez muchachos, 42 personas en total. El número, claramente menor, no refleja un descenso en el ritmo de trabajo, sino un cambio en las tareas desarrolladas: en 1777 se procedía al derribo del antiguo templo y la elevación de los pilares del nuevo, mientras que ahora, con el cerramiento de arcos y cubiertas, se requerían menos manos, pero más especializadas. En 1783, con la edificación prácticamente finalizada y atisbándose ya su conclusión, el número de alarifes experimentará un nuevo descenso, pero seguirá siendo, hasta el último instante, significativo: el 1 de febrero sumaban un total de veintiocho (maestro, dos oficiales, diecinueve peones y seis muchachos), y serían aún diecinueve (maestro, dos oficiales, doce peones y cuatro muchachos) el último día de faena, el 26 de abril de ese año.

Los salarios dependieron de la categoría profesional del trabajador y, en líneas generales, se mantuvieron estables a lo largo de los seis años de construcción. Es reseñable lo notable de las sumas pagadas, que dispararon las cuantías totales diarias y, en lógica derivación, también las mensuales y anuales. El maestro albañil, en la cúspide de los trabajos, recibió 18 reales por cada día de trabajo. Los oficiales, entre 6 y 8, según su nivel y responsabilidades. El sueldo de los peones descendía algo respecto a estos, quedándose en los 4 reales por día, y el de los muchachos, el escalafón inferior en el proceso, sería de 2 reales y medio. Junto a estas categorías profesionales habría que sumar otras que, por su dedicación especial, solo estuvieron presentes de forma puntual entre los asalariados. Entre ellos, deben contarse profesionales como los ya citados andamieros o cortadores, receptores de cantidades similares a las de los oficiales: 5 reales diarios a los primeros, y entre 6 y 10 a los segundos, atendiendo nuevamente a su diferenciación competencial.

2.2.2. *LOS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN*

Le sigue en importancia, a esta primera partida de gastos, la integrada por los materiales de construcción, superior a los 427.000 reales (más de 14.500.000 maravedís). Manteniendo la tradición edilicia hispana, los materiales elegidos serán, en su mayoría, pobres; una práctica ya observada en el gótico-mudéjar andaluz de fines de la edad Media que, quizás suavizada por el gusto renacentista por la piedra, de influjo italiano, recobraría todo el protagonismo con el barroco. El ladrillo, la cal, el yeso y la teja permiten –con el auxilio de la madera, no incluida en este apartado–, labrar edificios de reducido coste y brillantez estética. El neoclásico eclesiástico, en cuya órbita se mueve ya nuestra parroquia, seguirá aprovechando las ventajas económicas de tales materiales, mientras las grandes construcciones civiles del momento comienzan a rendirse, nuevamente, a la riqueza de lo pétreo. Ello, sin olvidar importantes excepciones, como la catedral de Cádiz o la basílica del Pilar en Zaragoza, que enriquecen sus estructuras, igualmente, con el uso de la piedra. En nuestro caso, los materiales nobles o vidriados, escasos, se reservarán para las colocaciones más vistosas, como suelos o remates externos.

De nuevo, las cantidades manejadas dan cuenta de la corpulencia de la iglesia. Se fabrica más de 1.000.000 de ladrillos, todos ellos cocidos en hornos moguerenses y entregados en varias partidas; las más elevadas serán las pagadas el 23 de septiembre de 1778 (300.000 unidades, por 27.000 reales) y el 18 de septiembre de 1779 (28.000 ladrillos, a 1 real la unidad), aunque en este segundo caso se incluyan varias entregas anteriores, desde el mes de marzo de ese año. La cuantía total de este apartado rondaría los 150.000 reales, a los que habría que sumar otros 23.000 por su transporte hasta la obra. Conocemos incluso el nombre de los maestros ladrilleros que pudieron beneficiarse con su elaboración, todos ellos vecinos de la localidad: Francisco y Andrés Rasco, Juan Romero, Antonio Soltero, Francisco Bogado, Pablo Quintero, don Francisco Espínola y Antonio Romero.

La mayor parte de los ladrillos son denominados en la documentación como “de mampostería” o “gruesos”, piezas comunes para levantar pilares y muros. Pero, junto a ellos, se diseñaron algunos de medida y forma especiales, para su uso en zonas específicas del edificio. Así sucedió con los 10.000 ladrillos entregados en septiembre de 1777 para las basas de los pilares y sus capiteles, que debieron tener un espesor específico (“de tres gruesos”) y una longitud superior a lo normal (de “media vara”) para servir a su cometido. Los destinados a las bóvedas, por el contrario, fueron elaborados con un grosor menor para aligerar su peso, como atestiguan los 41.625 ejemplares “delgados” pagados para tal fin a Diego Sánchez en septiembre de 1779.

La cal, imprescindible para su uso como mortero, procedió por completo de la ciudad de Ayamonte. Hubo por lo tanto que transportarla por mar, aunque no poseemos datos sobre los medios ni los costes, que quedaron incluidos en el valor dado al material en su conjunto. Llegaron a pie de obra 38.305,5 fanegas de cal, traducidas, en nuestro sistema métrico actual, por 2.126.000 litros. Entre 1776 y mediados de 1778 se contrató su compra con un tal Juan Suárez, vecino

de Huelva, a excepción de la remesa enviada por Antonio Olivares (octubre de 1777) y Lorenzo Hernández (1777), de vecindad desconocida. A partir de agosto de 1777 todos los pagos tienen como receptor al ayamontino Juan López, bien en solitario, bien en compañía de Mateo Pérez o Andrés Lucero. En conjunto, la cal empleada en la obra supuso una inversión de casi 120.000 reales de vellón.

El resto de partidas comunes incluyen materiales sustancialmente menos numerosos y de menor coste. Las cornisas fueron adquiridas en La Palma a Alonso Orihuela, 2.068 piezas de dos clases: 1.000 de ellas, mayores, a 3,5 reales la unidad, y el resto, otras 1.068 de menor tamaño, a 2,5 reales. En total, 6.170 reales de vellón en una sola compra, pagada el 29 de mayo de 1779. Las canales fueron más numerosas, habida cuenta de la amplia superficie que debía ser cubierta, y de la negativa a reutilizar las canales de la vieja parroquia, que fueron vendidas. Se contrató la hechura de 86.000 canales, con los mogueños José de Fuentes y Joaquín Badana, por 12.900 reales, más otros 688 de transporte. Aunque su entrega se efectuaría en diversos plazos, se realizó un único pago por el conjunto, en 1780. Por último, referimos la adquisición de 7.593 quintales (casi 350.000 kilos) de yeso “blanco y común”, por 45.558 reales, a Antonio Sánchez y Francisco Toscano, sin que se recojan datos provechosos sobre su origen, plazos de compra u otros similares.

Los espacios más representativos del templo, bien por su uso, bien por su vistosidad, fueron obrados con materiales de mayor calidad. El suelo, que por su amplitud cobraría un especial protagonismo en la imagen final del edificio, quedó cubierto por una bella capa de 25.500 losas de Génova, bruñidas para conseguir realzar su brillo. Fueron adquiridas en Cádiz por mediación de don Cristóbal González, vecino de Moguer. A los 63.000 maravedís largos de su costo (63.112 reales y 17 maravedís) se añadirían otros 2.465 por el flete por mar hasta el puerto mogueño, y la contratación de su subida hasta el casco urbano. La solería quedó completada con los 1.355 “cartabones” –piezas del mismo material cortadas a bisel– del maestro Francisco del Llano (956 reales).

La piedra constituía un material caro, escaso, de difícil transporte y penoso trabajo. Escasean las canteras pétreas en los contornos inmediatos de Moguer, y su traída desde emplazamientos retirados habría supuesto una considerable elevación de los costes. Ello, junto a la tradicional dedicación de los alarifes comarcanos al empleo del ladrillo, llevaría a una relegación de la piedra a los espacios más señeros de la parroquia. También la localizamos en elementos concretos en que, por su uso continuado, resultaba aconsejable el recurso a materiales resistentes. Tan solo encontramos una entrada referente a la compra de piedra en el libro de cuentas y, pese a no completarse con una datación que permita situarla cronológicamente de forma precisa, por su destino le suponemos una adquisición tardía, quizás en los últimos momentos de la obra. En total, llegarían a Moguer 134 varas de piedra (unos 112 metros) aserradas y labradas por el maestro picapedrero Francisco del Llano en la Isla de León (Cádiz). Y la selección de los lugares de destino no deja lugar a dudas sobre su especificidad entre los materiales constructivos: las gradas del presbiterio, bajo el altar mayor; las “tarimillas” de

los altares laterales; y los distintos umbrales de las puertas, lugares de acceso y bienvenida al espacio sacro, al mismo tiempo que sufrido paso de cuantos accedieran a su interior.

Deben incluirse igualmente en este apartado de materiales distinguidos, pese a la cortedad de su valor, los limatones y remates con los que se coronó el exterior del nuevo templo. En efecto, el recurso a elementos menos costosos no supuso una merma en el deseo de conseguir, también en este caso, el realce estético del conjunto: tratándose de los enclaves más elevados, el impacto visual sobre los espectadores quedaba asegurado. Los limatones, con los que se cerraría la cobertura a dos aguas del techo, se hicieron de gran tamaño y, para más señas, bícromos, azules y blancos, repitiendo así el colorido de los azulejos de la torre, por 525 reales. Por lo tocante a los remates, en forma de pináculos torneados, cumplieron la finalidad de hacer más airoosas las terminaciones superiores de los muros, alcanzándose un total de 65 piezas (975 reales). Eran de color blanco y vidriados, adquiridos en el barrio de Triana, célebre desde antiguo por el buen hacer de sus alfares.

2.2.3. CARPINTERÍA Y PORTAJES

La carpintería supuso otros de los principales capítulos de gasto, en sus diversas facetas. Como material de construcción, la madera sirvió de complemento ideal al ladrillo en la elaboración de techumbres; incluso, como es el caso, en las abovedadas, necesitadas de un armazón superior de madera que las protegiese y soportase la cobertura final tejada. Como elemento auxiliar de los trabajos, los carpinteros facilitaron las cerchas necesarias para dibujar los elementos sostenidos curvos y abovedados –arcos, techos y cúpulas–, además de reglas, guías, cartabones y otros útiles para el correcto desempeño de los alarifes. Ciertas maderas nobles, como la caoba de las puertas del templo, se integran de igual modo en esta suma, superando su valor global los 88.300 reales de vellón, unos 3.000.000 de maravedís.

Las partidas incluidas en este epígrafe son inmensamente heterogéneas, por uso, valor y características. Se buscaron maderas apropiadas para las estructuras del templo en Cádiz, de donde llegaron importantes cargamentos de tablas de Flandes (3.000 unidades), cuarterones (623), caoba (15 codos) y, posiblemente, también las veintidós vigas de la techumbre. Toda una muestra del empuje comercial de la capital gaditana en el momento, y de sus frecuentes contactos con el vecindario moguerense. La madera integrada en la propia edificación, que fue recibida entre 1779 y 1780, tuvo un coste de casi 54.000 reales, incrementados con otros 9.745 reales y 16 maravedís por los derechos de saca en Cádiz, los fletes marítimos hasta el puerto de Moguer, y su subida por tierra hasta el casco urbano.

El sistema de compra contó con la participación de numerosos actores. En tierras gaditanas localizamos al mediador don Cristóbal González, encargado de la búsqueda del material y su adquisición. También sabemos, por ejemplo, que las 3.000 tablas de Flandes fueron compradas en el almacén de don José Rodríguez.

El transporte posterior por mar se contrataba con un patrón, mediador asimismo de las cantidades adeudadas con el primero; fueron Antonio y Ventura de Flores, además de Pedro Pérez, vecindado en Huelva. La caoba para las puertas llegaría en el navío a las órdenes de José Sánchez, patrón, en 1780.

Con estos materiales se levantaría, entre otras estructuras, la armadura de la cubierta. Al menos la destinada a la nave central quedó en manos del maestro José Gómez, tallista moguerño, de quien rastreamos algún trabajo más en localidades cercanas⁸. La armadura fue realizada en 1780 y debieron entregárseles 1.488 reales por los jornales empleados. Además, otros 2.164 reales costaría aún la sierra de tablas por Juan y Felipe Amor, en dos pagos. El primero de ellos, por la adecuación de 2.000 tablas, quedaba destinado a los “entablados de los techos de la iglesia” y, pese a la coincidencia temporal con la hechura de la armadura central, entendemos que el uso del plural (“los techos”) indica su empleo, también, en las naves laterales. El segundo pago, de menor cuantía (364 tablas) debió completar con nuevas piezas las necesidades descubiertas por el primer envío. En 1781 reaparecerá el entablado en la hoja de gastos (336 reales), aunque concerniente ahora a las naves laterales y los altos de la sacristía, y sin más corte de tablas que las ya preparadas con anterioridad. El trabajo sería nuevamente ejecutado por don José Gómez.

Mención aparte merece el portaje del templo, por la valía de las materias primas, el elevado número de puertas y postigos encargados, y su representatividad en el edificio actual. Junto a los portones principales, se elaboraron otros, de diferentes tamaños y diseño, para cubrir los accesos a dependencias interiores y ciertos armarios empotrados en el muro. En conjunto, superaron los veintitrés ejemplares (algunos no están cuantificados de forma individual en las cuentas), en su mayoría pareados, por lo que no extraña la decisión de, en lo posible, reutilizar los procedentes del templo primitivo que se encontrasen en buen estado. El valor global pudo así reducirse de manera sustancial, quedándose en los 2.148 reales, aunque sin incluir los apliques metálicos de las puertas (cerrojos, clavos de bronce...), a veces bastante costosos. El maestro José Gómez, como encargado general de la carpintería de la obra, se haría cargo igualmente de cuanto tocase al portaje de la iglesia.

Las puertas de la fachada del Sol, por su carácter principal, focalizaron buena parte de la atención y de los recursos. Se labraron en caoba gaditana, en 1782, y solo en mano de obra requirieron 544 reales, por 68 jornales de trabajo. Sabemos por otras anotaciones que los clavos de bronce para su guarnición, el cerrojo y el pertinente juego de llaves elevarían en mucho el valor total de las piezas, altas como la nueva portada donde irían colocadas. Las hojas de las portadas laterales, de menor tamaño, fueron reutilizadas del templo anterior, tras un remozamiento consistente en su cobertura con tapas de caoba. De este modo, el dispendio se contuvo en los 384 reales, por los 48 jornales requeridos.

8 En 1775, por ejemplo, trabaja para Lucena del Puerto, comprometiéndose a reformar el retablo de la Purísima Concepción de su iglesia parroquial. M. Mora Ruiz, “Adquisición de la Virgen del Rosario”, <http://lucenahistoria.blogspot.com/2016/08/adquisicion-de-la-virgen-del-rosario.html>.

Más allá de estos tres pares de puertas, otros muchos fueron acomodados en diversas partes del edificio. Para el camposanto se destinaron al menos tres de esos pares: un par de puertas “grandes” y “acanceladas” para el interior del panteón; otras antiguas, reutilizadas; y unas últimas destinadas a cierre del sitio. Pero deben contarse igualmente las colocadas en la sacristía, el almacén, la escalera de acceso al órgano, o el postigo de la capilla sacramental, entre otras. Todo un conjunto que completó la obra de albañilería, y que logró lustrar la iglesia parroquial antes incluso de su ornamentación litúrgica.

Los gastos conectados con la carpintería incluirían aún muchas otras anotaciones, aunque en su mayor parte de cuantía modesta. Entre el sinfín de herramientas utilizadas por los alarifes, localizamos numerosos cabos, palos, zarandas (tamices) y otros tipos que nos aproximan, de forma secundaria, a las técnicas de trabajo empleadas. Las reglas, de distintos tamaños, junto a escuadras, cartabones y niveles, hicieron de guía para elevar pilares y muros rectos. Las cerchas posibilitaron la creación de arcos, bóvedas y cúpulas. Y las plantillas, tarrajas y moldes darían forma a las molduras con que se rompe la monotonía decorativa. Para alcanzar las partes más alejadas del suelo, se fabricaron seis escaleras (la más alta, de 8 varas), que colaborarían con el andamiaje y las estacas clavadas en el muro (mechinales) a medida que se ascendía en altura. Para el transporte de la mezcla se adquirió un carro por 24 reales. Los alarifes se valieron igualmente de varios maderos auxiliares, aquellas piezas que llegaron a la obra no para quedar integradas en ella –como sucedió con los entablados–, sino para agilizar el proceso mismo de mampostería.

Las 600 tablas de Flandes y los 15 cuarterones que se pagaron a don Manuel de Medina para confeccionar los andamios con los que se inició el derribo en 1777 tuvieron un valor muy destacado (5.550 reales). Si el presupuesto no terminó disparándose fue por el menor valor de otras compras (estacas, pies derechos) y, especialmente, porque parte de estos materiales serían donados por particulares. Así sucedió con las 130 berlingas cedidas por don Francisco Bueno a la obra, o las 54 estacas para mechinales, de las que solo debió financiarse su corte y traslado a la obra.

2.2.4. METALES Y FORJA

Las herrerías quedaron bajo la supervisión general del maestro local Cristóbal Fernández, y alcanzaron un monto ligeramente superior a los 16.000 reales. Entre sus elaboraciones se mezclan las herramientas de nuevo cuño, los arreglos de las desgastadas o la confección de elementos estructurales –tirantes–, junto a producciones de carácter artístico como ciertas rejerías interiores o, incluso, elementos de apoyo a alguna escultura.

Herramientas y materiales en bruto aparecen con frecuencia unidas en una misma anotación de gasto, resultando imposible deslindarlas de forma segura. En conjunto, unas y otros consumieron unos 11.000 reales, contando entre ellos con los gastos de saca y transporte. Ni siquiera es posible determinar de forma exacta la cuantía de los fletes, recogida de forma separada a la del propio material transpor-

tado tan solo en algunos casos. El 17 de febrero de 1781, por ejemplo, se entregaban al patrón Fernández Picón 533 reales por las 21 planchuelas de Suecia traídas desde Cádiz, incluyéndose en el pago, junto al precio del metal, los del porte y subida desde la Ribera a Moguer. El hierro llegado a la obra lo haría en distintos formatos: “tochos”, “planchuelas”, “vergajones”, o “tiradillo”, según las finalidades previstas.

Puede afirmarse que las cantidades manejadas no fueron, en general, especialmente voluminosas, concentrándose el empleo de los metales, como materiales constructivos auxiliares, en unos pocos tirantes de refuerzo y algunas reglas. Y, en la medida de lo posible, se buscó la reducción de gastos: el 10 de octubre de 1779 se pagaban a Cristóbal Fernández 270 reales por 6 tirantes de hierro, pero sabemos que, para su elaboración, se reutilizaron en parte tirantes viejos. El 7 de mayo de 1781 el mismo herrero recibía 301 reales por 8 reglas, 6 de ellas para las ventanas y cuartos de la sacristía, y las 2 restantes, para el oratorio y sus altos; se trata de una de las anotaciones más notables del grupo. Mención aparte merecen las piezas destinadas a las vidrieras, que encontraron un buen soporte en los metales empleados para tal fin. El maestro Cristóbal Fernández sería el encargado de darles forma, elaborando en 1781 los 38 bastidores para las rejillas de alambre de las vidrieras, 119 chaveteros y 218 varetas, por 648 reales. Las 21 planchuelas de Suecia que citábamos anteriormente se emplearon en la confección de los cercos de los alambrados de las ventanas.

Las herramientas, bien de nueva hechura, bien recompuestas, sobresalen por su prolijidad, pese a la cortedad de su valor monetario. En cualquier caso, su aparición facilita la comprensión de las técnicas de trabajo usadas en la propia obra. El derribo del templo primigenio se llevó a cabo a golpe de azadones, angostos, que cumplirían una función similar a la de un pico. También se adquirieron espiochas, parecidos en forma y uso a los anteriores y, en paralelo al avance de las obras, irían llegando otros útiles más especializados. Así, en agosto de 1777, junto a 4 palas, se adquirieron 3 picos para cortar ladrillos: la elevación del edificio había empezado. En noviembre de 1779, se pagarían 22 gatos de hierro: los materiales debían ser alzados hasta la altura que, por entonces, debía alcanzar ya el edificio. Junto a ellas, otras tipologías más comunes están presentes durante buena parte de las obras, como los clavos o azadones, además de los hachos para asegurar la iluminación.

Los trabajos restantes, consistentes en la rejería, barandas, cierre de portajes y otros elementos accesorios fueron obra igualmente, casi en su totalidad, de Cristóbal Fernández. Un importante hallazgo, que permite sacar del anonimato la autoría de algunos elementos artísticos conservados a día de hoy en la parroquia. Quizás el más importante sea la baranda del presbiterio, que delimita el espacio elevado del altar mayor. En noviembre de 1782 el maestro recibió el encargo de transformar la antigua baranda del órgano, con ciertos añadidos para dotarla de mayor longitud, en un cierre digno de su nuevo emplazamiento, el más destacado del templo⁹. El grueso de la pieza, por lo tanto, es anterior al propio templo

⁹ Especificaba al respecto el vicario moguerense lo siguiente: “En 17 de noviembre pagué a dicho

parroquial y fechable hacia 1734-1737¹⁰. Fue una decisión acertada, que salvó una pieza interesante y, al mismo tiempo, impidió gastos mayores. Cuando no fue posible esta salida, debió recurrirse a la realización de obras de nuevo cuño, que lógicamente trajeron consigo un aumento del presupuesto. Así sucedería con las barandas de las tribunas del órgano y del coro –cinco en total– que, junto a las rejas de los panteones y las varetas de los remates, alcanzaron las 41 arrobas de hierro y los 2.050 reales: casi siete veces el dinero invertido en el presbiterio. Fueron sufragadas en agosto de 1783.

Para las naves laterales se cuentan seis “rejas” que, pese a las dificultades, pueden ser identificadas, acaso, como rejas para las ventanas. No se explicitan más detalles, pero no existen indicios de su empleo como cierre de altares menores. Y la fecha, además, (marzo de 1779), casa bien con los ritmos constructivos detectados. Sí conocemos su procedencia (2 nuevas y otras 4 reutilizadas), y su precio: 136 reales, solo en mano de obra.

De 1780 proceden otras dos anotaciones de especial relevancia para la historia de la parroquia. En efecto, el 6 de junio se pagaban a Cristóbal Fernández 269 reales por los “pernos, clavos y la guarnición del angelote que está en la media naranja, que todo pesó nueve arrobas y veinte y tres libras”. El 26 de septiembre serían 183 reales por varios trabajos, entre ellos, nuevamente, uno referido al mencionado “angelote”¹¹. La gran cúpula semiesférica del templo quedó coronada, por lo tanto, por una escultura, un “angelote”, en palabras del vicario. Nada conocemos sobre su procedencia, sus rasgos ni su autoría, en tanto que al maestro moguerense solo se le atribuyen en las anotaciones los elementos accesorios para su colocación (pernos, clavos, varón...). Tampoco, sobre el tiempo que presidió el edificio sobre el destino inicialmente previsto. ¿Procedía del templo derruido? ¿Cuándo fue retirado de este emplazamiento?¹²

maestro trescientos reales por la hechura de la baranda del presbiterio, en que se acomodó la que estaba en la tribuna del órgano de la iglesia antigua, añadiéndole lo que fue necesario”.

10 AGAS, leg. 05.208: Visita pastoral de 1737. Comenta Xinete, visitador general del arzobispado, que en 1737 la parroquia moguerense estaba inmersa en la construcción de un nuevo coro y tribuna. Además de ofrecernos una interesante descripción del mobiliario del órgano, que también cobijó el archivo parroquial, refiere la ejecución de la reja reutilizada en el presbiterio de la nueva parroquia. El texto dice así: “Además de otros gastos que ocurrieron este trienio, dio distribuidos en unas tribunas talladas que se están haciendo a los dos lados del coro, con su barandaje de hierro, la una en que se ha de poner el órgano que se está haciendo nuevo, y en la otra el archivo de papeles, el que remeda en parte a la caja de dicho órgano, haciéndole compañía; y asimismo de la misma talla, un frontis bastantemente elevado, que hace testero y hermosa dicho coro”.

11 Recogemos la anotación literal: “Por la hechura de dos tirantes de fierros que sostienen las cadenas del crucero, por la hechura de otro tirante que sostiene el florón de la media naranja, por un cabezal que se hizo para sostener el medio punto de la puerta del bautismo y composición de esta dicha puerta, y el varón que sostiene el angelote sobre la media naranja”.

12 La pregunta parece inevitable: ¿se trata del Triunfo de la Fe, la popular “Santa Juana” que enseña toda la ciudad desde la cúspide de la torre parroquial? ¿Pudo adivinarse, en un momento impreciso, este emplazamiento como más acertado que el original, procediéndose así a su recolocación? Esta hipótesis cuenta con dos bazas principales: la desaparición de la escultura que, en teoría, debería ocupar el exterior de la cúpula, y la propia naturaleza de la Santa Juana, una veleta de forja

Las puertas de la capilla bautismal, que persisten aún en su emplazamiento original, se adquirieron en Cádiz en 1778. Lo pagado por la transacción, unos escasos 1.229 reales, no reflejan la valía ni la envergadura de lo comprado -506 kilogramos de hierro, artísticamente trabajados-, de no ser porque fueron adquiridas “de lance”, esto es, de segunda mano. No conocemos por tanto ni la procedencia primera de las puertas, ni su artífice, aunque no deba dibujarse un origen muy anterior a la fecha de compra por la parroquia mogueña¹³. Una vez en Moguer, estas puertas fueron retocadas, amoldándolas al tamaño del vano de acceso a la capilla bautismal. Una labor debida al mismo cerrajero Cristóbal Fernández.

Tan solo restan por referir los accesorios metálicos de las puertas del templo, destacándose especialmente los destinados a las puertas principales. Solo en ellas se invirtieron, como mínimo, 530 de los 915 reales totales de esta partida: 300 en unos “garrones, sanjas y cinchos” que, por la envergadura de las puertas, debieron ser de gran tamaño y consistencia; otros 120 en el sistema de cierre (cerrojo y cerradura); y, finalmente, 110 reales para las cerraduras y las llaves de sus dos postigos. Los tres trabajos tienen como fecha de pago el 5 de septiembre de 1782. Con toda probabilidad se destinaron a estas mismas puertas algunos de los 90 nudos de alcañatas y 500 clavos de cabeza redonda destinados al portaje de todo el edificio. Junto a ello, se contabilizan otras 6 cerraduras para las puertas del camposanto, más 5 “cerrojos pequeños” con destino incierto.

2.2.5. TONELERÍA Y ESPARTO

Otros gastos menores fueron los de tonelería y esparto, que aportaron objetos numerosos pero de escaso valor, empleados a modo de herramientas durante la construcción. El esparto fue contratado con Antonio Conde, vecino de la localidad, quien manufacturaría todos los encargos salvo aquellos que, por su tamaño o especialidad, fueron importados desde Cádiz o Sevilla. Así ocurriría con las 20 docenas de sogas para andamios traídas desde Sevilla por José Ramos en abril de 1778, o las “vetas” (cuerdas) gruesas pagadas al mismo en junio de ese año. Es llamativa la cantidad de algunos de los objetos fabricados, como los esportones, que rozan el millar, en distintos tamaños. Empleados para la carga, transporte o subida de ladrillos, yeso y cal, su uso constante debió ser causa de frecuentes roturas y reemplazos, pero su elevado número está relacionado, antes que nada, con la prolijidad de los trabajos: en 1777, primer año de construcción, se acopiaron 517 esportones, más de la mitad del total, en previsión de las necesidades futuras.

Las sogas, cuerdas de menor grosor, fueron igualmente muy demandadas, no descendiendo de las 700. Atadas a los esportones, permitían subirlos a la altura

con cabeza y manos escultóricas, que la aproximan al oficio de su posible “remozador”, Cristóbal Fernández. Pero nada habrá definitivo en el caso hasta la aparición de nueva documentación confirmatoria.

13 Recogemos la anotación original por su interés: “Ytem pagué a Antonio Pesado, vecino de Cádiz, mil doscientos veinte y nueve reales por el valor de una reja de hierro con puertas que compré en Cádiz de lance, para acomodarla a su tiempo en la capilla de bautismo, que ha pesado 1.100 libras, ajustada cada una a nueve y medio cuartos, que importa la expresada cantidad”.

precisa a través de los andamios, para cuya elaboración se destinó, precisamente, una parte de tales sogas. Tendrían similar destino las trallas y tralletas, de mayor diámetro que un cordel, que por su finura y versatilidad podían, además, usarse en el remiendo de útiles o amarre de elementos. También conocemos su uso para la extracción de agua del pozo. Su menor resistencia se encuentra, quizás, tras la menor cantidad de unidades encargadas. Todas ellas son piezas de muy bajo coste y, en lógica consecuencia, su repercusión en el monto total de la obra resultaría muy bajo. Los esportones podían conseguirse por menos de un real, y por 27 pares de sogas se pagaron, en 1777, 22 reales y 8 maravedís. Las trallas, de mayor fineza, tenían un precio ligeramente superior: 12 reales por las 4 entregadas por Antonio Conde ese mismo año.

Tan solo las vetas destacarán dentro de la cordelería. Se trataba de cuerdas de un grosor especial, que debían resistir una tensión considerablemente mayor que el resto, y por ello el proceso de elaboración, y su precio de venta, se complicaban. De hecho, sabemos que debió recurrirse a mercados externos para la localización de las materias, trayéndose desde Cádiz, incluso, el esparto para las vetas fabricadas en Moguer. Su número será inversamente proporcional al precio de compra; tampoco resultaba necesario aumentar las cantidades más allá de la estrictamente necesaria para la construcción. De hecho, y en contraste con el resto de piezas de esparto, su número será limitado, superior a 25 (ciertas anotaciones no están cuantificadas), contando algunas de menor tamaño. Su destino, también específico, será el de los “tiros”, la subida de materiales pesados a las partes superiores del templo.

La tonelería abasteció de recipientes resistentes y de diferentes tamaños a los alarifes. El mayor valor de la materia prima empleada, en comparación con la cordelería –hierro y madera frente a esparto– produce un cierto aumento del coste, hasta superar los 3.500 reales, pese a la menor cantidad de productos elaborados. Serían dos los artesanos beneficiarios de las compras, ambos mogueres: Tomás Ferre, entre 1777 y 1778, y Juan Garrido, su relevo desde 1779 hasta la conclusión de las obras. El último pago se hará en octubre de 1782.

El género está compuesto por tinas, cubos y cubetas, en distinta proporción. Con carácter previo al arranque de la obra se habían “prevenido” 60 cubos, 42 cubetas, 6 tinas grandes y otras 8 pequeñas. Un número que seguiría aumentando, aunque a menor ritmo, en los años venideros, hasta alcanzar los 205 cubos, 113 cubetas y 23 tinas y tinetas. Sobre el uso particular de cada una de estas tipologías, solo podemos hacer –salvo excepciones– elucubraciones fundadas. De las tinas grandes se nos indica su destino: la contención de agua, imprescindible para la elaboración del mortero. Las pequeñas fueron empleadas para la producción de las mezclas. Pero no podemos determinar la diferencia exacta en el uso de cubos y cubetas, más allá de la lógica distinción que, atendiendo a su capacidad, cabe esperar de las cantidades de líquidos y áridos contenidos. La reserva del cubo para el transporte de cantidades pequeñas de agua, quedando la cubeta para la de los áridos y mezclas –según la distinción actual–, es una hipótesis creíble.

2.2.6. OTROS CAPÍTULOS DE GASTO

Las inversiones en la construcción del nuevo templo se completaron con diferentes partidas, muy heterogéneas, que se agrupan aquí por su carácter especial. En ciertos casos, se trató de encargos tendentes al mayor adecentamiento y decoro del espacio sacro, como los efectuados por vidrieros o doradores. En otros, respondieron a las necesidades técnicas o logísticas del proyecto.

Dentro de la categoría denominada “visitas del maestro mayor” se recopilan los derechos cobrados por José Álvarez, arquitecto responsable de la nueva iglesia, por su trabajo. El trazado de los planos fue fijado en 150 reales, pagados el 6 de septiembre de 1776 junto a otros 264 por la visita personal realizada al templo. Llama la atención que esta segunda categoría, en principio de menor trascendencia que el propio diseño del edificio, la superase ampliamente en valor. También lo haría lo cobrado por la visita que, como cierre de obra, efectuaría en mayo de 1783, recibiendo, el día 28 de ese mismo mes, 176 reales. Concluimos, por lo tanto, que el monto total ingresado por el maestro mayor del arzobispado, por sus trabajos en la parroquia moguerena, fue de 590 reales.

Respecto al ornato de la nueva parroquia, sabemos que la renovación estética que supuso el reemplazo de los antiguos retablos por otros de nueva hechura, debió trasladarse al contrato de numerosos trabajos de talla y dorado. Las anotaciones del libro de cuentas trabajado, que solo recogen los encargos directamente vinculados con el edificio, no hacen pues justicia a su importancia global. De hecho, el valor de lo recogido es tan solo de unos escasos 3.029 reales, todos ellos pagados al dorador local don Antonio Guisado. Sirvan al menos estas referencias para aproximarnos un poco más a la figura de este artífice, al que puede seguirse la pista por sus trabajos en localidades próximas como Trigueros –donde rastreamos su labor como tasador de ciertas imágenes del colegio de jesuitas, en 1774–¹⁴ y, muy especialmente, en San Juan del Puerto, donde colaboraría con José Corbalán en la decoración pictórica de su capilla mayor¹⁵. Más limitadas serían sus aportaciones a la fábrica moguerena, dorando una cruz “que está puesta en el remate de una de las puertas de la iglesia”, suponemos que en el interior. También se le solicitaría el pintado de las puertas del templo. Sus otras dos contribuciones serían de mayor calado: el “dorado y pintado de las rejas del presbiterio”, por 1.600 reales, y el embellecimiento del púlpito, dorándolo, por otros 1.100 reales. Desconocemos su participación en la posterior renovación retablistica del templo, una vez concluidas las obras de construcción.

Para cubrir las ventanas de forma artística, tanto en las naves extremas como en el claristorio de la central y el transepto, se elaboraron bellas vidrieras, en Sevilla y Huelva, con vidrio de Francia. La inmensa mayoría cayeron bajo la responsabilidad del maestro hispalense José Ruiz, quien proporcionaría hasta 1.586 cuartas cuadradas de este material. Los 98 restantes, obra del maestro Hipólito

14 González Gómez, J. M. y Carrasco Terriza, M. J.: *Catálogo monumental de la provincia de Huelva*, vol.1, Huelva, 1999. Edición ebook, 2017, p. 329.

15 Quintero Cartes, J. B.: “Pinturas murales de la parroquia de San Juan Bautista”, *Fiestas de San Juan Bautista* (1986), p. 5.

García, de Huelva, serían su complemento. Estos dos artesanos proporcionarían igualmente el alambrado para la protección de las vidrieras, en una proporción pareja a la del vidrio: 1.856 cuartas cuadradas José Ruiz, y 162 Hipólito García.

Los cargos restantes no guardan relación directa entre sí. El primero de ellos procede de los clavos de bronce que se emplearon en las puertas grandes del templo, adquiriendo así un empaque lógicamente superior al del resto de accesos a la iglesia. El maestro José Navarro remitió desde Sevilla 400 de estos clavos, que a 5 reales cada uno de ellos, supondrían un total de 2.000 reales, a los que se sumarían algunos más por el porte hasta Moguer.

Otros 66 reales se dirigieron a la compra de telas (“lienzo”) para el trabajo de mampostería, lavándose con ellas el yeso antes de su utilización en la obra. Y, finalmente, serían 1.800 reales totales los destinados al alquiler de un almacén, dada la envergadura de los trabajos y su duración, para la guarda de los materiales adquiridos a lo largo del tiempo.

3. CONCLUSIONES

Con la construcción de la renovada parroquia de Nuestra Señora de la Granada, el Moguer moderno alcanzaba uno de sus mayores anhelos. Cuando, en 1783, se colocaba la última pieza del ingente buque que le serviría desde entonces como iglesia principal, se cumplían los deseos que, al menos desde inicios del siglo XVI, habían demostrado sus vecinos, su estamento clerical, sus autoridades concejiles e, incluso, sus señores. En fecha tan temprana como los inicios del Quinientos, don Pedro Portocarrero –su VIII señor- ya había engrandecido el primigenio edificio medieval con la construcción de una nueva capilla mayor. Pocas décadas después, hacia 1566, se proyectaba por vez primera su completa sustitución por un templo de nueva planta, de aires clasicistas y obra de Hernán Ruiz, que nunca llegaría a ejecutarse¹⁶. A inicios del siglo XVII, el derrumbe de parte de su fábrica llevaba a una profunda reforma que dotaba a la iglesia de Moguer de decoración barroca, al menos en su capilla mayor, que era cubierta con cúpula de media naranja y yeserías. Las reformas inmediatas al temblor de 1755, alejadas de las aspiraciones de un caserío en plena expansión, serían finalmente superadas por el proyecto de reconstrucción total presentado por don José Álvarez.

Hoy, el impacto visual de la parroquia moguerense, lejos de haberse diluido en medio de una ciudad creciente, sigue reafirmando lo ambicioso de su construcción. Sus cinco naves, entre las que sobresale, por su envergadura, la mayor, crean un espacio interior muy amplio, debidamente correspondido por la notable altura de sus pilares, muros y bóvedas. La elegante cúpula del crucero, nervada y sobre tambor, destaca también por la limpieza de su esfericidad exterior, tan extraña en tierras onubenses.

La quema del archivo parroquial en 1936 había mantenido en el silencio, hasta la fecha, los detalles más específicos sobre la construcción de este edificio. No eran conocidos materiales, técnicas de trabajo, cantidades ni valores económicos,

16 Ropero Regidor, D.: “El proyecto fallido de una nueva iglesia parroquial en Moguer por el arquitecto Hernán Ruiz II (1566)”, *Montemayor* (2008).

que han podido ahora ser rescatados gracias al libro de contabilidad hallado. Lo mismo ha de decirse de tantos artífices –carpinteros, doradores, vidrieros, ladrilleros...– cuyas identidades habían quedado igualmente veladas, y que ahora resurgen para el público conocimiento. Las cuantificaciones numéricas, quizás la principal aportación de la documentación manejada, abre además todo un abanico de posibilidades futuras, más allá de las aquí recogidas, que esperan ser tratadas en el futuro. Toda una puerta abierta, pues, al pasado de uno de los grandes edificios históricos de la provincia onubense.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernal Pérez, Eugenio (coord.). *La iglesia de San Juan Bautista de La Palma del Condado. Historia, arquitectura y patrimonio*, Huelva, 2019.
- Cadiñanos Bardeci, Inocencio. “Dos importantes edificios de Moguer: la torre parroquial y la casa consistorial”, *Huelva en su historia* 9 (2002), pp. 229-234.
- Cruz Isidoro, Fernando. “Sobre la torre seiscentista de la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Granada de Moguer: una obra de los arquitectos Juan Domínguez y José Tirado”, *Archivo Hispalense* 250 (1999), pp. 221-239.
- Fombuena Filpo, Vicente. *Antonio Jacobo del Barco y el Terremoto de Lisboa de 1755*, Huelva, 1999.
- González Gómez, Juan Miguel. “La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Granada de Moguer, en el bicentenario de su construcción”, *Montemayor* (1983), pp. 12-14.
- González Gómez, Juan Miguel y Carrasco Terriza, Manuel Jesús. *Catálogo monumental de la provincia de Huelva*, vol.1, Huelva, 1999.
- González Gómez, Juan Miguel y Rojas-Marcos González, Jesús. “Las torres parroquiales del Condado de Niebla tras el terremoto de Lisboa”, *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico* 88 (2015), pp. 94-101.
- Martín Solares, José Manuel. *Los efectos en España del terremoto de Lisboa (1 de noviembre de 1755)*, Madrid, 2001.
- Mora Ruiz, Manuel. “Adquisición de la Virgen del Rosario”, <http://lucenahistoria.blogspot.com/2016/08/adquisicion-de-la-virgen-del-rosario.html>.
- Núñez Roldán, Francisco. *En los confines del reino. Huelva y su tierra en el siglo XVIII*, Sevilla, 1987.
- Ostos Salcedo, Pilar y Pardo Rodríguez, María Luisa. *Documentos y notarios de Sevilla en el siglo XIII*, Madrid, 1989.
- Quintero Cartes, Juan Bautista. “Pinturas murales de la parroquia de San Juan Bautista”, *Fiestas de San Juan Bautista* (1986), p. 5.
- Romero Barranco, Violeta. “Un testimonio literario de las repercusiones del terremoto de 1755 en Huelva: el Romance del terremoto”, *Huelva en su historia* 11 (2004), pp. 177-186.
- Ropero Regidor, Diego. “El proyecto fallido de una nueva iglesia parroquial en Moguer por el arquitecto Hernán Ruiz II (1566)”, *Montemayor* (2008).
- Vilaplana Montes, María Asunción. *La colección diplomática de Santa Clara de Moguer (1280-1483)*, Sevilla, 1975.